Operación telaraña verde

Benjamín Malavia

Primera edición, abril de 2020
© Benjamín Malavia, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, portal 1, 4A
28500 Arganda del Rey (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18148-57-6
IBIC: FF

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea



OPERACION TELARAÑA VERDE

El arma secreta republicana que a punto estuvo de cambiar el desenlace de la Guerra Civil española

Benjamín Malavia

avant
editorial

PRÓLOGO

Desde niño, siempre he tenido un gran interés por los acontecimientos ocurridos durante la Guerra Civil española y la época del maquis. He leído multitud de libros sobre el tema, unos más favorables a un bando y otros al contrario. Mi postura es intermedia y neutral. Ojalá, nunca hubieran sucedido estos acontecimientos fratricidas que dividieron nuestra piel de toro y que todavía hoy siguen despertando entre los españoles recelos y rencores.

Por mi edad (nací en 1956), no viví esta desgraciada parte de nuestra historia, pero mis recuerdos infantiles están impregnados de narraciones y vivencias de personas que sí experimentaron y padecieron la contienda y posguerra, bien como combatientes o como población civil. Mis padres, suegro, tíos, amigos, vecinos y vecinas de mi pueblo me contaron muchas cosas; la mayoría las he reflejado en mi novela.

Con este relato deseo hacer un homenaje a todas las personas que murieron durante la Guerra Civil, también a los que sufrieron penurias y crueles torturas, a los que tuvieron que abandonar su patria, nuestra patria, y a los supervivientes de la barbarie.

El tema de la novela ha surgido de un sueño que tuve y que coincidió con mi deseo de escribir alguna historia. Uno de mis objetivos es el de explicar que las personas necesitamos huir de los estereotipos y opiniones prematuras. Debemos darnos una oportunidad para conocernos mejor. ¡Cuántas amistades se habrán truncado por este motivo!

Los dos personajes principales, don Jesús, el Mecánico, y Ben, sí se la dan y, con ternura y humor, van cimentando una gran y sincera amistad; aprecio que son capaces de trasmitir a sus descendientes. Al mismo tiempo, cada uno de ellos modela e influye en la personalidad del otro. El Mecánico es ateo y, sin darse cuenta, acepta algunas normas católicas, y el joven va madurando y dejando por el camino algunos miedos de su niñez.

Durante mi vida profesional, me he visto obligado a utilizar un lenguaje oral y, sobre todo escrito, muy medido, formal y etiquetado. Con mi jubilación me he desprendido de estos *corsés* que me aprisionaban y, como en una botella de cava que se agita, he sacado gran parte de lo que llevaba dentro de mi cabeza. Las idas me han fluido con una gran facilidad y naturalidad. En la

botella todavía queda bastante líquido, muchas ideas que he preferido no citar para no alargar en exceso mi novela.

La trama se desarrolla en un doble plano temporal: los años 30-40 y los 60-70 del siglo pasado. Cuenta la vida en una aldea conquense del último tercio del siglo XX y una historia de espionaje durante la Guerra Civil y la postguerra.

Vivimos en tiempos en los que se cuestionan muchos de los acontecimientos referidos a la Guerra Civil española. Por mi experiencia directa con algunos protagonistas de la contienda, bien en primera línea de combate o en la retaguardia, deseaban olvidar lo ocurrido en los dos bandos y bajar el telón de esta desgraciada etapa de nuestra historia. Lo que pasó no se puede cambiar, la guerra se ganó o perdió en esos años y en la actualidad no podemos ni debemos estar removiendo las cenizas y rescoldos de la contienda. En esos años se produjeron auténticas salvajadas y barbaridades por los dos bandos enfrentados. ¡Dejemos la historia en paz de una vez! Pero, si la removemos, debemos poner encima de la mesa todas las atrocidades e inhumanas acciones criminales y asesinas producidas durante esa época, no solo las que nos interesan.

La dictadura llevó a cabo acciones totalitarias y la posguerra fue dura e injusta. Según Alfonso Ussía: «[…] de haber ganado el Frente Popular habría sido infinitamente peor, porque los republicanos ya principiaron a asesinar y quemar iglesias, conventos y obras de arte en los inicios de la República. Los aliados, vencedores de la Segunda Guerra Mundial, no fueron misericordiosos con los vencidos. Y los soviéticos exterminaron a los rusos que no querían ser comunistas». ¿De qué nos extrañamos entonces? Rechazo esta dictadura y todas las dictaduras del mundo; la de Franco, la de Pinochet, la de los hermanos Castro, la de Lenin, la de Stalin, la de Nicolás Maduro… todas, todas sin excepción. Hay una parte de nuestra sociedad que todavía no ha digerido el resultado de la guerra. En 2019 se cumplieron 80 años de su finalización.

Pero debemos reconocer que no todo fueron cosas malas. En España, a partir de 1940, se creó y fortaleció la clase media; se construyeron centenares de miles de viviendas populares; se llevaron a cabo obras públicas, entre ellas, los pantanos que tenemos en la actualidad; se mejoraron las comunicaciones; se instituyeron la Seguridad Social y las vacaciones… La muerte del dictador Franco y la llegada de la democracia (¡bendita forma de gobierno!) supusieron para nuestro país un gran salto cualitativo y cuantitativo en todos los aspectos. Se mejoró el nivel de vida de los españoles, algo iniciado ya en los años 60. Esto fue debido al consenso y pacto de todas las fuerzas políticas, proceso liderado por el rey Juan Carlos I y por Adolfo Suarez González. Fuimos la envidia del mundo y nuestro modelo de transición fue imitado por algunos países.

Aunque algunos se empeñen en decir lo contrario, nuestra Monarquía Parlamentaria nos ha dado los mejores años de nuestra historia. No nos intenten engañar, al menos los de mi generación sabemos lo que había en los pueblos y ciudades cuando éramos pequeños y lo que la vida ha evolucionado en todos los aspectos. Somos enciclopedias vivientes y conocemos la realidad; mejoras en carreteras, saneamiento de las calles, medios de transporte, medicina, enseñanza, medios audiovisuales, alimentación… Estaría tres días escribiendo sobre las mejoras producidas. Todo esto se ha conseguido gracias al esfuerzo de todos los españoles. En los años de la transición se llegó a un gran consenso de pasar página y mirar hacia adelante. Hemos vivido muchos años en paz y cerrando las heridas. ¡Sigamos así!

En primer lugar, quiero mostrar mi gratitud a los autores que han escrito libros sobre la Guerra Civil o el maquis. Gracias por los buenos momentos que me han hecho pasar.

Además, mi recuerdo y cariño a mis padres, padres políticos, hermanos, familiares y amigos por los relatos que me contaron, a pesar de que estos recuerdos les costaban mucho sacarlos y quizá hubieran preferido no compartirlos. Deseo hacerlo extensivo a los profesionales que me han recomendado y dado un pequeño empujón para que escribiera y contara las experiencias acumuladas durante mi vida.

Por último, un agradecimiento especial a mis seres más queridos: mi esposa, mis hijos y mis nietos

AÑO 1969, LA VIDA COTIDIANA EN LOS HUERTOS DE MOYA

Estamos a finales de la primavera de 1969, en una pequeña aldea de la serranía baja conquense llamada Huertos de Moya. La localidad está situada en una zona llana; en sus laterales se extienden dos pequeños accidentes orográficos, El Cerrillo y El Cerrajón. Por la parte baja existen tres cursos fluviales, los ríos Ojos de Moya, Cequión y Algarra; el principal y más caudaloso es el primero de ellos, y es el que conserva el nombre del río hasta la localidad de Mira; nace en la zona de la Olmedilla. Los Ojos son dos orificios por los que sale agua clara y muy fría. El caudal no sufre variaciones a lo largo de los años, aunque, según crónicas que me contó mi madre, en el siglo XVII se produjo una enorme sequía y el agua dejó de salir a la superficie y los lugareños se vieron obligados a colocar una especie de andamiaje para poder coger el preciado líquido. En sus aguas se pescan exquisitos y abundantes cangrejos, truchas, barbos e incluso anguilas. Sus riberas están pobladas de chopos, sargas, juncos y son frecuentes los patos, nutrias, topos y culebras de agua.

Es un pueblo agrícola y ganadero. Los cultivos son de secano y de regadío. Se recolectan patatas, tomates, remolachas, maíz, nabos, coles, alfalfa, judías, pepinos, manzanas, peras, almendras, uvas, trigo, cebada, avena… Los rebaños están formados en casi su totalidad por ovejas; algunos llevan cabras.

En agosto se siega el espliego que crece de manera silvestre en los montes y la gente gana un dinero que ayuda al sustento de las familias. En el otoño y, si el año acompaña, se recolectan setas de cardo y níscalos; en ocasiones, se destinan a la venta y algunos buscadores sacan un buen jornal.

La vida es tranquila y apacible. Hay una escuela con dos dependencias diferenciadas; una para los chicos y otra para las chicas. Las fiestas principales son dos: San Antón, en enero, y la Virgen del Rosario, en octubre. Se celebran bailes, misas, procesiones, hogueras…

Hay una casa encalada de blanco por la fachada principal y también por la pared que limita con el camino que conduce al nacimiento del río Ojos de Moya. A la entrada de la vieja vivienda crece una enorme y frondosa parra. En los días calurosos es el lugar de reunión del vecindario y donde se da repaso a las principales noticias que suceden en la aldea y también en el mundo.

Desde hace unos meses, el matrimonio formado por Santiago y Andrea, han comprado uno de los primeros televisores del pueblo. Con ellos también

vive Celedonio, hermano del marido. El matrimonio no había tenido hijos naturales, pero les gustaba tener siempre algún niño cerca de ellos. Santiago era una persona tranquila y bonachona, rara vez se enfadaba y la vida se la tomaba con tranquilidad. No era muy alto, tampoco delgado; vestía pantalones negros de pana y siempre llevaba sobre su cabeza la clásica boina negra.

Su hermano era algo más viejo y un poco más alto y delgado; era más nervioso y muy trabajador. Además de atender las tareas agrícolas de la familia, era socio de un molino de agua donde se molían cereales para extraer harina que servía de alimento a los animales o a las personas. Era muy aficionado a los toros y un gran pescador de truchas y cangrejos. Los dos hermanos habían participado en la Guerra Civil, en el bando republicano. Andrea era delgada y guapa. Solía vestir de oscuro y siempre llevaba un pañuelo en su canosa cabeza; era algo gruñona, pero tenía un corazón de oro, lleno de bondad y ternura.

—¡Chorra! ¡Vaya un cacharro que no funciona! —gritó Andrea.

—¡No te preocupes! Mañana viene el mecánico y lo arreglará —respondió Santiago.

—¡Esta tarde televisan una corrida de toros y no la podremos ver —añadió Cele, algo entristecido y con cara de resignación

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Mala suerte! —contestó su hermano.

—¡Cojo el aparato y lo tiro por la ventana! —exclamó la mujer.

—¡Nos ha costado un riñón! —dijo su marido.

—La radio nunca nos ha dado problemas.

—Tienes razón, pero en la televisión se ven las cosas.

—¡No será en este aparato! Si lo llego a saber, no lo hubiéramos comprado.

—Ya no tiene solución, lo pagamos a toca teja.

—¡Nos han engañado!

—No creo, los aparatos de doña Elvira y la tía Milagros funcionan de maravilla y todos ellos son de la marca Philips.

—¡Qué mala pata!

—¡Paciencia, mujer! Con nervios no se solucionan las cosas.

—¡Tú nunca te preocupas por nada!

—¡Te equivocas! Me importan las cosas, pero con prisas es peor. En esta vida todo tiene solución, menos la muerte.

—¡Vale, como quieras! ¡Vamos a comer! —zanjó la conversación Andrea.

La mujer colocó encima de la mesa una sartén llena de almortas con trozos abundantes de panceta y chorizo. Todavía salía humo de la comida y el aceite amarillento formaba pequeñas manchas en la superficie. Su marido cortó unas rebanadas de pan cocido en su propio horno de leña y las repartió a su mujer y a su hermano.

—¡Qué buenas están! Te han salido para chuparse los dedos; casi no me acuerdo del disgusto del televisor —dijo Cele.

—Las penas con buena comida se pasan mejor —añadió Santiago.

—Andrea partió un trozo de pan y lo mojó con la pasta y también aprovechó el viaje para coger un pedazo de panceta.

—Me ha dicho Primitivo que ha visto al mecánico por las casas de la loma —dijo Santiago, al mismo tiempo que cogía el botijo y bebía un buen trago de agua de la Fuente Podrida.

—Entonces, pronto pasará por aquí —agregó Andrea.

—¡Sigo estando muy triste! ¿Qué hay de cenar? Me apetecen huevos fritos, con patatas y, de segundo plato, longanizas de la orza —sugirió Cele, guiñando un ojo a su hermano.

—¡Estoy harta de tanto enfado! ¡So glotón! —gritó Andrea, como si estuviera enfadada.

—¡Lo decía por si colaba! La verdad es que no tengo hambre.

—¡Cómo vas a tener! ¡Si te has comido media sartén y parte de la otra! —dijo Santiago.

De esta forma, entre charla y bromas, y cuchara va y viene, y moje de pan, consiguieron que se le vieran las ideas a la ennegrecida y vieja sartén. De postre se comieron unas nueces que les quedaban de la cosecha del año anterior.

Después de almorzar, cogieron unas camisas viejas y empezaron a espantar las numerosas y molestas moscas; las había a decenas. En esta época, las cuadras de los animales compartían planta baja con el comedor y habitaciones y, por este motivo, había tantos insectos en las casas. En cambio, los atrojes para guardar los cereales se construían en el último piso de las viviendas; subir las talegas y sacos a la espalda era un trabajo de auténticos titanes. ¡Cuántos problemas de columna vertebral tienen su origen en estas tareas! Tras cinco minutos de intensos vuelos de las prendas de vestir, consiguieron expulsar a la calle a la mayoría de los latosos huéspedes.

Durante estos años, la televisión en blanco y negro era una novedad y, como había pocas televisiones, en las casas donde sí las tenían se juntaban todos los vecinos. En su vivienda (sobre todo si toreaban El Cordobés, Diego Puerta, Paco Camino, El Viti y tantos otros toreros famosos) a veces no cabía la gente en el comedor, y eso que se colocaban tableros apoyados en unas cajas de madera, usadas para la recolección de manzanas y peras.

Cuando se televisaba una corrida de toros, la vida se paralizaba en la aldea. Los agricultores madrugaban para realizar sus tareas, los albañiles iniciaban antes su jornada laboral… pero, a las seis en punto de la tarde, todo el mundo estaba expectante e ilusionado delante del televisor.

En la noche de los sábados era costumbre que las familias fueran a rondar a uno de los dos bares de la localidad, el de Eliodoro o el Casinero.

Mientras los hombres jugaban a las cartas (tute, guiñote, subastado, brisca, julepe), las mujeres y niños veían la televisión. Era tiempo de las series: *Embrujada*, *Ironside*, *Super agente 86*, *Centro Médico*, *El Santo* o *El Gran Chaparral*. También se emitían muchas obras de teatro, y programas como *Coros y Danzas*, *El Show de Benny Hill*, *Perdidos en el espacio* o *Galas del sábado*. Por las tardes, se veían series del Oeste, como *Bonanza* y *El Virginiano*, y programas del estilo de *Chiripitifláuticos* o *Cesta y puntos*. Por no hablar de dibujos animados, siendo los más conocidos *El Oso Yogui*, *Los Supersónicos, Scooby-Doo y Aquaman*.

Además, en la radio se escuchaban noticiarios de Radio Nacional de España, radionovelas como *Simplemente María* o *España para los españoles*… y los partidos de fútbol, claro.

A media tarde, cuando el calor inició su declive, llegó el Mecánico montado en una vieja bicicleta de color negro; en realidad, se llamaba Jesús, pero todo el mundo se dirigía a él con ese apodo. Este personaje era alto, delgado, de pelo abundante y canoso, tendría unos sesenta años, todavía conservaba un aspecto atractivo; se notaba que de joven habría vuelto locas a las mujeres. Siempre iba vestido con un sucio y desgastado mono azul (de ahí el apodo de Mecánico). Cuando hablaba, tenía un acento mezcla de andaluz y un toque de extranjero, probablemente de algún país de Europa del Este. Normalmente, vivía en un pueblo cercano llamado Fuentelespino de Moya. Nadie sabía cómo había venido a ese lugar y de dónde procedía. Era una persona callada y enigmática; sus manos eran suaves y no tenían las callosidades de una persona que se hubiera dedicado a trabajos pesados de campo o de la industria; más bien, parecían las de alguien que se hubiera dedicado a tareas administrativas.

—¡Buenas tardes! —saludó el Mecánico.

—¡Buenas tardes! —respondió Andrea, atándose por la parte trasera el faldar de cuadros que acababa de colocarse.

—¿Hay algo para arreglar?

—Sí, este cacharro de televisor, que lo compramos hace un mes y ya no funciona.

—Tranquila, le doy un vistazo y veré lo que puedo hacer.

—¡Haga lo que sea! Pero esta tarde televisan una corrida de toros y la queremos ver. Si Cele no ve a El Cordobés, le da un telele.

—¡No será para tanto!

—¡Para eso y mucho más! Es muy aficionado a los toros. Y, como se encuentra muy apenado, le ha dado por engullir todo lo que pilla y es capaz de comerse a Dios por las patas.

—Siendo así, no habrá más remedio que arreglarla como sea.

—¡Dios le oiga!

—No sé si me oirá, pero esta tarde podrán ver la corrida. Por cierto, ¿qué toreros completan la terna?

—Además de El Cordobés, están Paco Camino y Diego Puerta.

—¡Estupendo cartel!

—¿Le gustan los toros?

—No demasiado. Soy más aficionado al fútbol.

—A mí, ni una cosa ni la otra.

—Cada uno tiene un gusto. Lo importante es respetar la opinión de los demás.

—¡Así debería ser! Pero hay personas que siempre quieren tener razón y lo suyo es lo que prevalece.

—Están muy equivocados. Lo bonito de una sociedad es la libertad de expresión y que cada cual piense lo que desee.

—¡Usted pertenece a otro mundo! ¿Acaso no sabe que si esta conversación llega a oídos de las autoridades podríamos tener problemas?

—Lo sé. Pero hablo en privado con usted y deseo expresar por una vez mis ideas.

—Yo también pienso lo mismo, pero esta conversación no se puede tener con cualquiera.

—Existe todavía mucho odio. Los recuerdos de la guerra son muy recientes y las heridas siguen sangrando y no están cerradas.

—Todos tenemos cicatrices y, al que más y al que menos, algo nos tocó de la desdichada guerra.

—¡Tiene razón! Unos más y otros menos. Pero casi todos infectados por el terrible virus del odio y la venganza.

—Se debe correr un tupido velo y bajar el telón de una vez.

—No será fácil. Siempre habrá gente que no quiera suturar las heridas.

—Nos costará mucho conseguirlo…

—No lo dude. Nadie mejor que yo para saber lo que esto cuesta. Me hicieron mucho daño los del bando… Perdone, he hablado demasiado y no quiero continuar esta conversación.

—Como desee…

Hizo mucho, el Mecánico era un auténtico manitas y entendía de todo; lo mismo arreglaba una bicicleta que un tractor o una radio o un televisor. Sacó del bolsillo delantero del mono un destornillador y, en menos que canta un gallo, desatornilló la tapa trasera del aparato, aflojó y apretó unos tornillos y, al momento, lo arregló.

—¡Ya está! ¡Funciona! —gritó el Mecánico.

—¡Qué alegría! ¡Ya tenemos televisión! —respondió Andrea.

—¿Qué le debo? —Al Mecánico siempre se le trataba de usted; quizá la gente presentía que en alguna etapa anterior de su vida había sido un personaje importante. ¡Vaya si lo fue!

—¡No vale nada! Con un vaso de vino me conformo. —Él no cobraba nunca y nadie sabía cómo cubría sus pequeñas necesidades.

Comía lo imprescindible y era muy austero en el vestir. Con cualquier cosa pasaba, pero, con todo y con eso, con las cuatro chapuzas que realizaba no podía vivir. Una vez, una vecina del pueblo consiguió sonsacarle que vivía de unos ahorros de su juventud y del dinero que le mandaban sus sobrinos. Andrea sirvió un buen vaso de vino y el Mecánico se lo bebió de un trago.

—¿Quiere más?

—¡Vale! Hoy tengo mucha sed.

Le sirvió otro vaso y de una vez se lo bebió. En esta ocasión, le sacó unas rodajas de jamón serrano y una rebanada de pan tierno y crujiente.

—¡Es un pan exquisito!

—Lo cocí ayer y los primeros días está muy bueno. Ya sabe que se hace pan para ocho o diez días.

—Avíseme cuando cueza el pan. ¡No faltaré a la cita! —bromeó el Mecánico.

—Dentro de una semana amasaré de nuevo y está usted invitado.

—Gracias y hasta otro rato. Por cierto ¿dónde están su marido y su cuñado?

—Están segando trigo. No tardarán mucho en venir a casa; si quiere, puede esperarlos sentado a la sombra de la parra.

—No, hoy tengo mucha prisa. Debo ir también al pueblo de al lado.

—¡Como quiera! Otro día hablará con ellos.

—¡Bueno! ¡Hasta Luego!

—¡Hasta cuando desee! Ya sabe que esta es su casa.

—¿Quiere algún recado para su familia de Fuentelespino?

—Si ve a mi hermana, dele recuerdos y dígale que estamos bien.

—La vi ayer en compañía de su hijo y están como siempre.

—¡Gracias!

Salió de la casa y, al subirse a su bicicleta, se le cayó un viejo y rugoso papel. Ben, un chaval de catorce años que estaba sentado a la sombra de un manzano, se percató de esta caída y gritó:

—¡Don Jesús! ¡Espere! ¡Se le caído algo del bolsillo! ¡Vuelva!

—¡No te preocupes! Pronto regresará —dijo Andrea, que, al oír los gritos de Ben, se aproximó para ver lo que sucedía.

—Ea, ¿dónde están Ao y Lele? La casa de esta familia había sido para Ben su segundo hogar y, desde pequeño, los llamaba con estos diminutivos.

—¡Están en el campo! En un rato vendrán para cenar.

—Me he enterado de que ya está arreglado el televisor ¿Me dejarás ver mañana el Tour de Francia?

—¡Siempre pidiendo! Ni que te hubiera hecho la boca un fraile.

—¡Es que me gusta mucho! Hay una etapa de montaña y Luis Ocaña seguro que la ganará.

—¡Estoy hasta el moño de toros, de bicicletas y de todo! —gritó Andrea—. ¡Solo hacéis que pedir!

—Pero, Ea, ¡yo te quiero mucho!

—Bueno, bueno. Eres un zalamero. Se lo preguntaremos a Santiago y él decidirá. La mujer ya sabía la respuesta; su marido era muy aficionado al ciclismo. En esta ocasión, prefirió hacer rabiar un poco al chico.

El Mecánico no lo oyó y siguió su camino para dirigirse a la calle principal del pueblo y atender las posibles averías del vecindario y posteriormente desplazarse a la localidad vecina. Ben se agachó y recogió el papel del suelo. Era una persona curiosa y lo desdobló con cuidado de no romperlo. En el documento ponía esto: Director General del Proyecto Telaraña Verde / Departamento de Investigación de la República. También aparecía una fotografía y el nombre de Jan Krzsyztof. Esta identificación no coincidía con la que utilizaba en su vida diaria, la de Jesús Muñoz Pérez. Pensó devolvérselo cuando regresara de hacer sus chapuzas, pero tuvo que ayudar a su padre a regar un huerto e ir a la Fuente Podrida a por un botijo de agua y, a la que volvió, ya se había marchado.

El joven conocía bien el tema de la Guerra Civil, ya que su padre, Hilario, y sus otros «padres», Cele y Santiago, le habían contado muchas anécdotas de la contienda. Su padre, en el bando nacional, estaba destinado en el arma de caballería y entró en combate en Salamanca.

Un día vio como a un paisano del pueblo una bala le atravesó la frente y, aunque herido grave, logró sobrevivir.

Santiago, en las filas republicanas, también le contó cómo un día patrullaban por una zona llana y, de repente, un avión del bando nacional se dirigió hacia ellos; corrieron y se metieron en una pequeña zanja. El avión realizó varias pasadas, disparando sin parar sus ametralladoras. ¡Menos mal que no llevaba bombas! Pero las balas no les alcanzaron y consiguieron salir bien parados del lance. En otra ocasión, pensó en pasarse al bando nacional, pero, por una vaguada, escuchó los gritos de las tropas moras y se lo pensó mejor, ya que no se fiaba de esa gente. Desistió de su propósito y siguió siendo soldado republicano hasta el final de la guerra. Eran experiencias desagradables que les tocó vivir en los dos bandos: uno en el nacional y el otro en el republicano.

Cele también le refirió cómo tenía que acompañar a Inés y a otras chicas a recoger agua de la fuente al poco de finalizar la batalla. Las tropas moras, si veían a chicas solas, eran capaces de hacer cualquier barbaridad.

Su madre, Inés, le confesó varias historias. Una de ellas es la siguiente: su hermano perteneció a la «Quinta del Biberón»; en la zona de Castellón de la Plana, los adiestraron y, una vez, con el final de la guerra ya cercano, estuvo a punto de entrar en combate; en alguna escaramuza les tiraron los nacionales varios morteros y los jóvenes salieron asustados en todas las direcciones.

También le contó la experiencia de un religioso que vivía en un pueblo de la Sierra Baja de Cuenca. Durante los inicios de la guerra, se enteró de que unos milicianos pensaban desplazarse hasta su iglesia para darle muerte. Era invierno y había caído una gran nevada; al sacerdote se le ocurrió huir a otro pueblo. Para despistar a sus perseguidores, se calzó con unas botas y les puso unas sobresuelas colocadas al revés. Andaba en una dirección, pero parecía que iba en sentido opuesto. Sus verdugos siguieron las falsas huellas y, al llegar a la iglesia donde suponían que se escondía el religioso, no lo hallaron; volvieron sobre sus pasos y al final lo encontraron.

Fueron muy meticulosos con la muerte del cura. Al día siguiente, los vecinos lo encontraron muerto, pero no tenía ninguna herida visible. Al ir a amortajarlo, una vecina descubrió que le habían disparado en la garganta, en sentido descendente. La bala se quedó alojada en su cuerpo.

Además, le habló del bombardeo sobre Landete, el 20 de enero de 1938. Ese día amaneció raso y el sol lucía con esplendor. Una escuadrilla formada por seis u ocho aviones hizo una primera pasada de reconocimiento; en la segunda, viraron en el gran y majestuoso Castillo de Moya y empezaron a caer bombas por doquier. Menos mal que muchas explotaron a las afueras del pueblo. Aun así, los daños fueron terribles: ocho o diez personas perdieron la vida, incluso murieron la madre y dos hijos de una misma familia; bastantes casas quedaron derruidas o dañadas. A lo largo de los años, han ido apareciendo varias bombas sin explotar. Fue un suceso muy triste para el pueblo y muchas familias y, durante bastante tiempo, tenían miedo de dormir en sus casas; se marcharon a rentos cercanos e, incluso en una zona a las afueras del pueblo, construyeron pequeñas cuevas en la tierra.

En Landete se construyó durante la contienda un campo de aviación. Que se sepa, no llegó a utilizarse. En un pueblo cercano llamado La Casa de Pedro Izquierdo se construyó otro campo y en este sí aterrizó algún avión. En los Huertos de Moya estaba ubicado un polvorín. Toda esta zona estaba en la retaguardia, a unos setenta kilómetros del Frente de Teruel.

En enero, se solía realizar en mi casa (sí, querido lector, yo soy Ben) la matanza de los cerdos. El matarife se llamaba Faustino y era un amigo íntimo de mi padre; vivía en Landete y estaba casado con Alberta; el matrimonio ayudaba a mis padres en estas tareas: el hombre degollaba a los animales y después los descuartizaba. La mujer era la «ajera». Se encargaba de dar el «gusto y sabor» apropiado al embutido que se elaboraba.

Faustino combatió en el bando nacional. Un día, me contó que, en cierta ocasión, su compañía recibió la orden de atacar una colina. La acción formaba parte de la batalla de Brunete. En un momento determinado, varios soldados se encontraron en tierra de nadie; ni podían atacar ni retroceder. Se refugiaron en unos desniveles del terreno para estar a salvo de las balas enemigas. Tuvieron la suerte de que en esta parte del frente los enemigos no contaran

con piezas de artillería. No podían recibir suministros y, durante varios días, se alimentaban de una «sopa» que hacían con agua y raíces de tomillo u otras plantas que encontraban. Consiguieron sobrevivir. Un día, las tropas nacionales atacaron la posición y liberaron a estos hambrientos soldados.

Mi suegro es una persona con una gran memoria y al que también le gustan los libros sobre la Guerra Civil; me ha contado muchas anécdotas, las cuales las he reflejado en mi relato. Su padre perteneció a la quinta del «saco». En Cuenca hacían el periodo de instrucción, un sargento intentaba formar a hombres «hechos y derechos», con muchos callos en las manos, la mayoría con hijos y con pocas ganas de alistarse. Un día les ordenó que subieran corriendo al Cerro del Socorro. Los futuros soldados le contestaron que no pensaban hacerlo. La guerra estaba perdida y no tenía sentido estos entrenamientos. El militar se enfadó al principio, pero, al final, reconoció que tenían razón.

Cuando ejercí mi profesión en un pueblo de la sierra pobre de Madrid, un señor me contó una tarde que tuvo a tiro al general Franco. Le estuvo apuntado con su fusil durante unos momentos, pero el aprecio a su vida ganó en este dilema (no tenía escapatoria) y, discretamente, se retiró del lugar. ¡Lo que hubiera cambiado la historia de España!